

con el que no estaba conforme la mayoría, y que el resultado de esa conducta hubieran sido las desgracias de Palo-Alto y la Resaca de Guerrero, que comprometieron al país en una lucha, para la que tanto se le había debilitado con las ocurrencias referidas.

El disgusto de los pueblos por tales sucesos, y el temor de verse pronto invadidos, les hizo pensar en salvarse. La ciudad de Guadalajara fué la primera en levantar su voz contra el gobierno del general Paredes, que secundó en poco tiempo toda la nación. Por aclamación se me dispensó el honor de nombrarme *caudillo del Pueblo y del Ejército*.

En la ciudad de la Habana, en Agosto de 1846, recibí las invitaciones que se me dirigieron por medio de una comisión, para que regresara á la patria á encargarme de su defensa. Mi herida, que periódicamente se me renovaba, me tenía en la cama: mis buenos amigos y mi interés personal me aconsejaban que permaneciera en mi retiro: sin embargo, no pude resistir á una invitación de esta naturaleza, ni desentenderme de que era soldado mexicano, y me resolví á obsequiarla. Hé aquí el verdadero cargo de defección que bien pudiera hacerme el Sr. Gamboa, pero no de traición contra la patria, sino contra mí propio, por haber cambiado la comodidad y las consideraciones que disfrutaba, por las fatigas y azares de la guerra, mi reposo y seguridad por las asechanzas de las facciones.

En Veracruz presenté el programa que debía normar mi conducta en aquellas difíciles circunstancias, y fué acogido en todas partes con entusiasmo. No habrá quien presente con verdad un hecho solo en que yo faltara á mis promesas.

El interés, que mi acusador me supone en el buen écsi-

to de la empresa de los Estados-Unidos, por inteligencias *secretas* con aquel gabinete, debió haberme retenido en la Habana; mas bien que estimulado á volver á mi país; porque separado yo de los negocios, era muy fácil que se hubiera llegado á celebrar el tratado de paz, que entónces solicitaban los americanos. La administración del Escmo. Sr. general D. José Joaquín de Herrera había ya dado algunos pasos en ese sentido (2): la que le sucedió del general Paredes, parecía no ocuparse mucho en la defensa de la nación; y la revolución que acababa de derrocarla, si bien manifestaba tendencias decididas á la guerra, no contaba todavía con la fuerza de un sistema organizado; había colocado al país en una posición ambigua; no debía esperarse que el partido retrógrado permaneciera estacionario, temiendo el restablecimiento del pacto federal, y por decirlo de una vez, no habrían quedado sofocadas las diversas pretensiones al mando, que escitaban los acontecimientos, si yo no hubiera aceptado la autoridad que me confería el pueblo. ¿Qué habría resultado, pues, de tal orden de cosas, sino era una división interior que haciendo imposible la continuación de la guerra, necesariamente debía conducir á la paz al bando que se hubiera hecho del gobierno? Nadie creo se atreverá á negar, que yo he tenido la fortuna de evitar esos males, y que habiendo contribuido á la restauración del sistema federal, por el que anhelaba la mayoría de la nación, di un testimonio irrefragable de mi sumisión á la voluntad pública, y que deseaba asegurar la independencia de mi patria; suponiendo que esa forma de gobierno sería el escollo en que se estrellaría cualquiera tentativa que se hiciera para entregar al país, una vez que asegura la soberanía de los Estados, y les da una parte bastante directa en las resoluciones de la Unión.

Esta sola garantía debería bastar para que ninguna duda quedase de la sanidad y pureza de mis intenciones; y sin embargo, se quiere desvirtuar, infundiendo sospechas sobre la facilidad con que me introduje en la República, estando bloqueados rigurosamente los puertos, y dando un negro colorido á la visita que me hizo en la Habana el cónsul americano. Yo no sé si Mr. Polk espidió las órdenes que se refieren para que no se pusiera tropiezo á mi desembarco, ó si ha sido esa una especie propagada por los periódicos americanos para desconcertarme; pero lo que sí sé de cierto es, que no he tenido ninguna relacion con el gabinete de los Estados-Únidos, ni habrá quien pueda acreditarlo: que por lo mismo, ignoro cuáles hayan sido sus verdaderas miras respecto de mi ingreso á la República, y que así como pudieron ser las que indica mi *imparcial* acusador, inclinándose á lo mas desfavorable, así pudo ser tambien, que entrase en el plan del gobierno americano no oponerse á mi vuelta al pais, para que las facciones que promovieron la revuelta de 1844, se pusieran en alarma y comenzaran á perseguirme con mayor encarnizamiento, consiguiendo renovar las disensiones que nos han perdido; y pudo calcular tambien que el espíritu de partido obcecara de tal modo á los mexicanos, que no faltase alguno que llamase *traicion* á los servicios que prestara un antiguo general, esponiendo su vida y reputacion en el campo de batalla, para que no caiga en olvido la costumbre de corresponder con la mas reprehensible ingratitud á los fieles servidores de la nacion, aunque ésta quede deshonrada. Pero es inútil buscar en la esfera de las suposiciones la esplicacion de un suceso sencillo y natural, que no es el único de su especie que se ha realizado, ni hay para que darle siniestras interpretaciones si se quiere obrar sin prevencion, y de-

jando á un lado los mal forjados pretextos que se invocan para hostilizarme. Mi desembarco en la República se verificó sin contar para nada con las órdenes de Mr. Polk, sino únicamente con las medidas que yo habia tomado al efecto, que muy sencillamente referiré, así como el acaso que las desconcertó.

De acuerdo con los señores generales D. Ignacio Basadre y D. Juan N. Almonte, y el Sr. D. Manuel Crescencio Rejon, fleté el vapor mercante *Arabe*, para que burlando la vigilancia de los bloqueadores, nos introdujera *una noche* en el puerto de Veracruz. Para no ser visto de algun buque americano en la bahía de la Habana, tomé asimismo la precaucion de salir *por la noche*, previo el permiso de las autoridades, que solicité. Navegaron tambien en mi compañía los Sres. D. Antonio de Haro y Tamariz y D. Crescencio Bóves, quienes, como los Sres. Almonte y Rejon, pueden manifestar las instrucciones que el capitan del vapor recibia de mí, *contraidas á que precisamente entrara al puerto de Veracruz con la oscuridad de la noche, y guiado por el faro del castillo de Ulúa*, en conformidad con el contrato celebrado. Si esto no tuvo efecto, dependió esclusivamente de dicho capitan, por los pocos conocimientos prácticos que tenia de la costa, ó por la perturbacion de sus sentidos á consecuencia del licor que tomaba, pues asegurando desde la tarde que avistábamos la tierra, que entraríamos al puerto la madrugada del dia siguiente, amanecimos distante de aquel mas de veinte millas, lo que dió lugar á que una corbeta americana diera caza al vapor, y lo obligara á dejarse reconocer. Los mexicanos, en vista de esta ocurrencia, nos considerábamos prisioneros de guerra, y reunidos en la cámara, deplorábamos indignados la conducta del capitan del *Arabe*, cuan-

do nuestro intérprete, el Sr. general Almonte, nos anunció de parte del comandante de la corbeta, *que podíamos continuar el viage.* Con algun antecedente de la consideracion de los bloqueadores, seguramente hubiera ahorrado ocho mil pesos que me costó el flete del vapor *Arabe*, y las precauciones tomadas para entrar furtivamente á Veracruz, navegando en el vapor *Paquete-ingles*, que casualmente se encontraba en la bahía de la Habana con direccion al mismo puerto de Veracruz, y del que no me aproveché por considerarlo sin los privilegios é inmunidades de los de guerra.

Los Sres. Rejon, Basadre, Almonte y Bóves, todos mexicanos, me visitaban muy á menudo en la Habana, y ellos dirán, si observaron relaciones de mi parte con algun norte-americano. Una sola vez, después de los sucesos de Palo-Alto y la Resaca de Guerrero, estando en mi casa los tres primeros señores, se presentó el cónsul americano con un intérprete, llamándonos la atencion los fuertes golpes que dió á la puerta para anunciarse; y despues de los saludos de costumbre, sin embozo me dijo: *“que tenia encargo de indagar mi modo de pensar respecto de la guerra suscitada entre los Estados-Unidos y México, y que no siendo dudoso que me llamarían mis compatriotas, deseaba saber, qué partido tomaria al regresar á mi país, y me suplicaba una franca explicacion.”* Sorprendido por tan inesperada visita, y mucho mas por su objeto, escusé toda respuesta por el intérprete del cónsul, y llamé al general Almonte, quien con los otros señores habia salido de la sala, para que la explicara, y aunque el cónsul resistia á esto, yo insistí en mi intento; contesté, pues: *“que habia sabido con sentimiento la desavenencia de las dos Repúblicas hermanas, y no era fácil prever las consecuencias una vez declarada la*

*guerra; que no tenia antecedente alguno del llamamiento de mis compatriotas; mas era fácil conocer cuál seria mi conducta si llegaba este caso.”* A lo espuesto siguió el diálogo siguiente:

—“¿Qué haria V., señor cónsul, en iguales circunstancias?”

—“Estaria con los míos.”

—“Esto es lo que á mí me corresponde.”

—“Bien, pero á nosotros nos toca evitar que V. nos haga la guerra, y podrá ser prisionero.”

—“¿Qué conseguirian vdes. con hacer prisionero á un soldado inválido?”

—“Ah! Si, soldado inválido, pero de influencia en su país, y nos haria mal.”

—“Dudo que de México se me llame; pero si tal honor se me hiciere, sostendré con lealtad la causa de mi patria, sea cual fuere el resultado de la lucha.”

Otras palabras insignificantes de una y otra parte dieron término á esta entreyista. No volvió á verme el cónsul, é ignoro lo que escribiria á su gobierno.

Esta explicacion la someto enteramente á la escelente memoria y al honor del señor general Almonte.

El gobierno que hallé establecido á mi llegada á Veracruz, contaba muy pocos dias de existencia. No habia un ejército organizado. En la ciudad de Monterrey se reunian los cuadros que quedaron de las jornadas de Palo-Alto y la Resaca de Guerrero, y algunos cuerpos que del interior marchaban por disposicion suprema; siendo ésta toda la fuerza que se preparaba por el Norte á resistir al general Taylor, que avanzaba bien provisto sobre dicha ciudad. No habia hacienda. Las rentas públicas estaban obligadas á varios pagos, y el producto principal de las aduanas marítimas habia desaparecido

desde que comenzó el bloqueo de nuestros puertos: á los Estados se consignó la mayor parte de las rentas, para que atendieran á su administracion interior, señalándoles nada mas que el contingente que pagaban en tiempos normales, y de este modo quedaron bastante reducidos los recursos del gobierno general. Conocí desde luego, que sin hombres, materiales y dinero, la guerra no podia hacerse con buen éxito, y que iba á comprometer mi reputacion evidentemente; pero confiado en el movimiento que acababa de hacer la nacion, alentado por mi patriotismo, y esperando que mis compatriotas harian todos los esfuerzos que la situacion requeria, para auxiliarme en la grandiosa empresa de defender la independencia, prescindí de toda consideracion, y marché á San Luis Potosí á organizar las fuerzas con que se debia contener al invasor, enorgullecido con sus recientes triunfos.

Antes de mi entrada á la capital, desde el pueblo de Ayotla quise dar una prueba mas de la sinceridad de mis intenciones, y que sin pretension alguna deseaba solo servir á la nacion en su conflicto: á este fin dirigí al gobierno el documento oficial, que circuló impreso, en que consta mi resolucion *de preferir la campaña al mando supremo que se me confiaba.*

En mi tránsito para San Luis Potosí tuve noticia, que la ciudad de Monterey habia caido en poder del enemigo, previa capitulacion, despues de una regular resistencia. Cuando esta desgracia ocurría, en la capital se miraba con asombro, que una corta brigada, dispuesta con mil afanes para reforzar al estenuado ejército del Norte, formara en la plaza principal tres dias consecutivos para emprender su salida, y volviera á sus cuarteles por falta de socorros, hasta que el señor ministro de hacienda, D. Antonio de Haro y Tamariz, bajo su responsabilidad par-

ticular consiguiera cincuenta mil pesos, indispensables para la marcha. . . . . ¡Triste principio de la campaña que iba á dirigir, y que á cualquiera hubiera desanimado!

Con la brigada indicada y los capitulados de Monterey, reuní una fuerza de seis mil hombres en mi cuartel general. A mis órdenes no se pusieron otros cuerpos organizados, porque no los habia. El Estado de Guanajuato concurreó en Diciembre de 1846 con cinco mil hombres, reclutas desarmados. El de Jalisco, con algunos cuerpos de Guardia Nacional, inespertos y mal equipados, y con un buen número de reemplazos. El de San Luis Potosí, con su cupo de hombres. Uno ú otro Estado de los limítrofes auxilió asimismo con sus reemplazos; pero éstos, como todos los demas, llegaban en cuerdas, por ser tomados de leva, ó condenados á las armas por mala conducta: sus circunstancias, físico y tallas no eran las que debian acompañar á los defensores de la nacion en momentos solemnes, ni las cualidades mas propias para la noble profesion á que se destinaban: la necesidad únicamente hizo incorporarlos en las filas del ejército, habiendo que comenzar por enseñarles desde el aseo de sus personas. Sin embargo, despues de dos meses de continuas tareas, logré revistar diez y ocho mil hombres equipados y armados, de cuya fuerza una tercera parte, nada mas, estaba apta para el servicio de campaña. El acopio de materiales de guerra y de vestuario, de caballos y monturas me costó inmenso trabajo en medio de la escasez de numerario. La eficaz cooperación de los dignos generales y gefes que tuve el honor de mandar, y con gusto recuerdo, contribuyó demasiado al logro de mis deseos.

No puedo dispensarme de consignar aquí uno de los muchos hechos con que tuve que luchar para defender á

la nacion. El Estado de Zacatecas, siempre patriota y entusiasta, en este tiempo estaba dominado por enemigos personales, por aquellos individuos que fueron vencidos durante los disturbios del año de 1835. Su gobernador rehusó abiertamente ausiliar al gobierno general en la lucha con los americanos. Mas de veinte comunicaciones de oficio constan en el archivo de la seccion de operaciones del ministerio de la guerra, en las cuales, bajo diversos pretextos, con excusas triviales, rehusó cooperar á la defensa nacional. Siento que no exista el honrado general D. Isidro Reyes, para que él testificara que el gobernador del Estado de Zacatecas, mas de una vez aseguró, *que queria mejor el triunfo de los invasores, la pérdida de la independencia, antes que el del ejército y el de Santa Anna.* Muchas personas son testigos de estas especies y de este proceder.

Semejante á este hecho, podria citar otros mil de varios funcionarios de la federacion (3).

Al congreso nacional constituyente elevé en aquel tiempo una esposicion respetuosa y circunstanciada, relativa á mi situacion, á fin de escitarlo á que acordara recursos con la premura que las circunstancias demandaban: á la vez protesté *no ser responsable de las desgracias que preveía, si se me colocaba en la situacion de no poder obrar como lo reclamaban los mas grandes intereses nacionales.*

En un manifiesto que publiqué á consecuencia de las diatribas y calumnias de algunos periodistas de la capital contra el ejército y mi persona, ademas de reproducir cuanto habia espuesto al gobierno y al congreso, demostré con difusion, *que sin los elementos que el arte enseña y la guerra requiere, no era posible alcanzar victorias contra ejércitos expertos y bien provistos.*

En el ministerio de la guerra han de ecsistir diferentes notas oficiales, en que pedí al supremo gobierno mandase proveer de caudales con oportunidad á la tesorería del ejército: en ellas se verá, que nada dejé por observarle respecto de las malas consecuencias de la campaña, si dejaba de atenderse á esta urgente necesidad.

Tantos documentos suministran pruebas inequívocas de mi celo por el mejor servicio de la República, y no comprendo cómo aquellos sean ignorados de mi acusador.

Aumentábase el ejército de mi mando, y á proporcion los gastos y las necesidades, pero de tal modo éstas, que los gefes de cuerpos contraieron empeños privados muchos días, para poder proporcionar el rancho á la tropa. Los auxilios parciales, que se recibian del gobierno general y los muy mezquinos de algun Estado, se empleaban en pagar las deudas anteriores, y quedábamos en la misma situacion. Las escaseces llegaron á su colmo en mes y medio que la tesorería general nada remitió á la del ejército. ¡Triste periodo, que el comisario bien podrá explicar!

En tal estado de cosas, los periódicos de oposicion de la capital no cesaban de mortificarnos: decian entre otras especies, *que acantonado el ejército en San Luis Potosí, amagaba á la libertad mas que al enemigo, y para deshacer desconfianzas, y no gastar en vicios el dinero, debia salir cuanto antes á la campaña.* Agregábanse á estos insultos, las voces esparcidas con astucia para que se desconfiara de mi lealtad. El gobierno, cuando yo no estaba en el poder, se vió obligado á espedir una circular por el ministerio de relaciones, para evitar los males de esas especies injustas y ofensivas (4). Así comenzaron mis enemigos y los del ejército á debilitar la opinion que hasta entónces se habia presentado favorable. Este mal se

acrecentó con las necesidades que sufrían todas las clases del ejército, y comenzó á espermentarse en la tropa una desercion escandalosa, cuyo término debia ser funesto; y no presentándose otro medio de evitarla, que poner en actividad al soldado, oí las opiniones de los gefes principales, y resolví abrir la campaña sin esperar á la primavera, como habia calculado: consideramos, que valia mas perecer combatiendo, que hacer pasar á la nacion por el oprobio de que quedase sin defensores. A estas consideraciones agrégase la esperanza de que, con un movimiento rápido, podíamos sorprender al general Taylor en sus posiciones, hacernos de sus recursos, libertar á los Estados que dominaba, y continuar la guerra sin estar dependiendo esclusivamente de los ausilios ineficaces del gobierno.

El ejército americano, á las órdenes del general Taylor, se encontraba situado en la hacienda de Agua-Nueva, ranchos de la Vaquería y ciudad del Saltillo, distante cinco leguas un punto de otro, y entregado á la confianza, juzgando á los mexicanos acobardados á consecuencia de sus reveses, é imposibilitados de atravesar el gran desierto que mediaba de sus campamentos á nuestro cuartel general. Lo observaba desde la hacienda del Potosí una fuerte brigada de caballería de línea, al mando del Sr. general D. José Vicente Miñon, quien habia logrado hacerle algunos prisioneros. Por este motivo las descubiertas de aquel no se alejaban de sus campos, y con la falta de habitantes les era difícil adquirir noticia de mi aproximacion. Sobre tales datos formé el plan de sorprenderlo y batirlo en detall.

Organicé en divisiones 18183 hombres de todas armas, de los mas espertos; hice alistar una batería de catorce

piezas, y dispuse la marcha de esta fuerza. Para realizarla, ocupé las barras de plata de particulares ecistentes en la casa de moneda, con hipoteca de todos mis bienes si el gobierno no cubria su importe, é ingresé en la misma tesorería del ejército cuarenta y un mil pesos de mi pertenencia, *que se me deben, donando en favor de la hacienda pública el costo de situacion.* Estos caudales apenas bastaron para once dias de socorro; y así salimos al desierto, acosados por las circunstancias relacionadas. En la marcha sufrimos un horrible temporal, que costó la vida de algunos soldados, poco provistos para resistir á las nevadas, aumentando luego nuestras desgracias la disenteria, y cuando despues de tantas penalidades iba á lograrse el golpe meditado, nuevos contratiempos vinieron á frustrarlo.

Pasado el puerto del Carnero, una division de infantería y otra de caballería con cuatro piezas ligeras, debian separarse por nuestra izquierda y en direccion al rancho de la Vaquería; pero tuve noticia *que la fuerza enemiga habia desocupado este punto el dia anterior,* y omití el movimiento.

Consideraba al general Miñon en el parage de Buena Vista en cumplimiento de mis prevenciones, y al ejército enemigo en la hacienda de Agua Nueva, para donde caminábamos reunidos, y abrevié en lo posible la marcha. Al descender á la llanura en que se encuentra situada esta finca, mis exploradores me participaron *“que se hallaba tambien desocupada, é incendiada desde el dia anterior, y que acababan de ver salir los últimos carros del enemigo.”* Me propuse alcanzar á éste, pensando que se dirigia á la ciudad del Saltillo, y adelanté al regimiento de Húsares, y tras éste una brigada para apre-

hender aquellos carros. Confiaba para el logro de mi primer intento, en que el general Miñon, si no podia disputar el paso al ejército enemigo, lo entretendria; pero esto no se consiguió, porque al aprocsimarse á Buena Vista, supo, segun esplica en su parte posterior, que el general Taylor concentraba allí sus fuerzas.

Avisando el coronel de Húsares que teníamos el enemigo á la vista, me adelanté á reconocerlo, y entónces me cercioré que el ejército americano reunido nos esperaba en formidables posiciones en el paso nombrado de la Angostura, teniendo en su retaguardia á Buena Vista.

Con tal encuentro, no me quedaba otro recurso, que empeñar una accion, porque retirarnos sin combatir, habria sido una derrota para las armas nacionales: diferir el ataque y emprender estratégicos movimientos, nos hubiera hecho morir de hambre ó padecer mucho en un terreno desprovisto, cuando nuestros víveres de reserva se hallaban en aquel dia á mas de veinte leguas. En Agua Nueva se presentó, es verdad, D. Nicolas del Moral con arroz, galleta, café, azúcar y piloncillo, y siendo de su propiedad estos efectos, le fueron comprados al instante; pero la poquedad de ellos hizo ineficaz este auxilio. Contra lo que el Sr. Gamboa dice respecto de la existencia de recursos, refiriéndose á lo que otros han asegurado, puedo presentar el dicho del ejército, que sufrió las necesidades, y la acta impresa, levantada en Agua Nueva por la junta de generales, despues de dia y medio de combate, al deliberar sobre las subsecuentes operaciones (5).

En mis partes oficiales consta, cómo un coracero de nuestro ejército, desertado de la hacienda de la Encarnacion, dió aviso al general enemigo de mi aprocsimacion, porque le permitiera pasar á la ciudad del Saltillo de don-

de era natural, y que tan fatal accidente frustró mi combinacion, y salvó al ejército invasor, pues que ninguna noticia tenia de mi movimiento. Aquí llamo la atencion sobre el dolo y mala fe de mis perseguidores, que sabiendo lo que causó la concentracion precipitada del ejército americano en Buena Vista, dan á entender *que eso fué un portento inexplicable*, para infundir sospechas entre los ménos avisados, sin producir una sola queja contra el malvado que tanto mal hizo á su patria.

Ya he manifestado mi situacion al encontrarme con el ejército enemigo, y que me ví comprometido á atacarlo en las posiciones á toda costa, si no queria ser destruido de otra manera. La mortandad que sufrió, y que lo dejó inutilizado para moverse en mucho tiempo, las posiciones de que fué desalojado y los trofeos que perdió en esa reñida batalla, harán siempre honor al ejército mexicano; y ya que aquellos para quienes se adquirió esa gloria quieren deslucir el mérito contraido en los campos de la Angostura, déjese á la posteridad que haga justicia, porque dia ha de llegar que con admiracion se contemple esta época de desventura, en que los defensores de México merecian por sus esfuerzos encomios de sus enemigos, á la vez que sus compatriotas los escarnecian é insultaban (6).

Para fallar con acierto sobre esta materia, no basta que se hayan leído los hechos de los grandes capitanes; se necesita saber por principios teóricos y prácticos la difícil ciencia de la guerra; por esto es que sorprende la facilidad con que el Sr. Gamboa y otros muchos escritores de folletos deciden en tono magistral, despues de los sucesos, que tal accion de guerra fué mal dirigida; que debió hacerse esto ó aquello, fácil y sencillo desde sus gabinetes, y que porque así no se ha verificado, concluyen